

Prácticas discursivas de dominación. Racismo y diferencias humanas en la literatura mexicana del siglo XIX.

Tiverovsky Scheines, María Sol.

Cita:

Tiverovsky Scheines, María Sol (2017). *Prácticas discursivas de dominación. Racismo y diferencias humanas en la literatura mexicana del siglo XIX. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/224>

Prácticas discursivas de dominación. Racismo y diferencias humanas en la literatura mexicana del siglo XIX

María Sol Tiverovsky Scheines

Doctorado en Filosofía Contemporánea, FFyL, Benemérita Universidad Autónoma de México, Puebla, México

soltiverovsky@yahoo.com.ar

PARA PUBLICAR EN ACTAS

“Es fácil reírse de los psiquiatras del siglo XIX que enfáticamente se excusaban, por los horrores a los que daban la palabra, evocando “atentados a las costumbres” o “aberraciones de los sentidos genésicos”. Yo me inclinaria más bien a saludar su seriedad: tenían el sentido del acontecimiento”

Foucault, Historia de la sexualidad. La voluntad de saber, p. 62

La arqueología investiga a partir del silencio, de lo que está ahí pero no está dicho. Necesita un trabajo de extracción, de sacar a la luz eso que está pero que no es fácil descubrir (Foucault, [1969](2007)). Y para esto, debe asimismo hacer callar aquello que habla y que con su voz oculta lo que queremos extraer. La arqueología tal como Michel Foucault la describe, y su uso para el análisis de enunciados, nos permite desentrañar el racismo en varios sentidos. Ver que el sujeto racista tal como lo entendemos ahora, no ha existido siempre. Tuvo un origen y tendrá también un final. El racismo como estudio científico de las diferencias humanas es un fenómeno que surge en el siglo XVIII-XIX (Mosse, [1978](2005)). Para que esto ocurriera, debieron confluír en un lugar y un momento determinados, ciertas condiciones que lo hicieron posible, que posibilitaron su aparición, que le dieron un estatuto de verdad, una utilidad y un lugar en las ciencias, la literatura, la historia, etc. que antes no tenía. Me parece que antes que reírnos de aquellos raciólogos que viajaban a las comunidades indígenas midiendo cráneos para comprobar las relaciones entre tamaño y capacidad cerebral, y asociar ciertas características fisonómicas

con aspectos morales de cada persona, debemos entender, como bien dice Foucault en la cita antes mencionada, que tenían el sentido del acontecimiento. Sus estudios son parte del saber de una época.

El objetivo de este trabajo es analizar la manera en que se construyó una imagen de los indígenas, los negros, los blancos y los mestizos en la formación histórica del México decimonónico. La manera en que se construyeron ciertos discursos racistas en la novelística mexicana permite mostrar la visibilización de las diferencias en términos de belleza-fealdad, decencia-indecencia, razón y sinrazón, y permitió que algunos de los representantes más destacados de la intelectualidad mexicana se posicionaran como parte de la “nación blanca” para justificar su lugar y mantener sometidos a los demás. Me interesa asimismo mostrar el doble papel que jugaron las políticas sobre mestizaje, ya que si bien el objetivo explícito era lograr la integración poblacional imaginando un mexicano para la nación, provocó la aparición de subjetividades acomplejadas basadas en el autodesprecio.

Las novelas en este sentido son una fuente documental privilegiada ya que concentraron el lenguaje de la época, organizándolo en un régimen de verdad sobre temas tales como la diversidad humana, la moralidad y los comportamientos sexuales (Deleuze[1985](2013)). Esta práctica discursiva integró los saberes que estructuran al racismo científico, y que estaban siendo generados en ámbitos tan diversos como la medicina, la antropología, la biología y otras disciplinas académicas de dudoso estatuto científico pero que fueron ampliamente aceptadas en el siglo XIX, como fue la frenología, la fisonomía y la naciente sexología. Considero además que las novelas en el siglo XIX funcionaron como textos prescriptivos, proponiendo ciertas reglas de conducta que pretendían mostrar la manera correcta de actuar.

Trataremos de ir a las profundidades de los estratos discursivos que otras formaciones históricas nos han dejado para encontrar los registros que permitan demostrar que el discurso de los intelectuales mexicanos del siglo XIX no era totalmente importado. Que si bien los estudios sobre razas provenientes de Europa aportaron un bagaje teórico sustentado en las ciencias que le otorgó un carácter de verdad, también existió un “racismo autóctono” germinado a lo largo de la experiencia colonial, que quedó plasmado y visibilizado en la pintura de castas.

Un breve panorama de la situación social de México hacia el siglo XIX podría servir para ubicarnos. Me parece que en México se conjugaron varias cuestiones que abonaron al desarrollo de ideas racistas. Como primer punto podemos mencionar el sustrato histórico, situaciones en el periodo de la conquista pero sobre todo en la colonia, que resultaron ser un terreno propicio para el desarrollo de ideas y prácticas proracistas. El menosprecio a las masculinidades de indígenas y negros y la identificación con la masculinidad del conquistador en tanto ser superior son claras muestras de ello (Gómez Izquierdo, 2011).

Con la llegada de los españoles y la fundación de la Nueva España, llegaron asimismo instituciones reguladoras de la población, que se regían bajo el principio de la pureza de sangre. Tener sangre limpia significaba no tener en el árbol genealógico sangre judía o mora. En el siglo XVIII esto se amplió a lo biológico, incluyendo dentro de las “sangres impuras” a distintos grupos socio-raciales. De esta manera surgió la *Sociedad Racial de Castas*, que permitió legitimar la posición social de los españoles así como la subordinación de los demás¹. En la escala social los criollos tenían una desventaja con respecto a los peninsulares, por haber nacido en América. Sin embargo su situación distaba mucho de ser como la de las “castas”. Este modelo fue heredado en los procesos de construcción nacional para clasificar a la población de acuerdo a diferencias económicas y culturales (Böttcher, 2011: 188). Zambos, chinos, mulatos, albinos, albarazados, tente en el aire, no te entiendo. Toda una variedad de nombres que hacían referencia a colores, a animales, y a las mezclas en sí, aparecieron en México para clasificar a la población, fijarla en un lugar preciso, enmarcarla. Si bien es probable que en la práctica estas denominaciones no fueran utilizadas, no deja de ser interesante que existieran, y que se visibilizaran a través de las pinturas.

Un segundo punto a considerar es que dado que la mayoría de los novelistas eran criollos, la identificación con el conquistador era automática. Esta empatía provocaba que

¹ Ilona Katzew, en un análisis sobre pintura de castas, explica que: “desde un punto de vista técnico, la palabra casta designaba a todos los miembros de la sociedad, incluyendo a españoles e indígenas; sin embargo fue mayormente utilizado por españoles y criollos para diferenciarse de las numerosas mezclas raciales” (Katzew, 2004: p. 40) y más adelante agrega, profundizando en el tema, que en el sistema de castas se pueden distinguir claramente tres objetivos: “a) garantizar que cada raza ocupara el nicho social que tenía naturalmente asignado; b) ofrecer la posibilidad de mejorar la sangre de un individuo mediante el tipo adecuado de mestizaje; c) impedir la mezcla de indígenas y negros, que suponía el mayor riesgo para el orden social español” (Katzew, 2004: 51).

ellos mismos se vieran como guías de la sociedad y modelos de superioridad, imponiendo esta visión occidental. Los indios, por lo tanto, se convirtieron en el elemento a diluir, por considerarse individuos inferiores estéticamente, moral e intelectualmente hablando, y asimismo una rémora para el desarrollo del país². Este sistema racial, productor de subjetividades acomplejadas, se vuelve perverso en tanto y en cuanto logra generar un sentimiento de vergüenza de sí mismo y de rechazo al grupo del cual se proviene.

Los literatos mexicanos del siglo XIX y las élites en general estaban al tanto de las teorías y saberes que la intelectualidad europea estaba produciendo respecto a los grupos humanos extra europeos. Así, no les eran desconocidos autores como Lavater, Linneo, Peter Camper o Buffon.

Esto se muestra en el siguiente pasaje de *El pistol del diablo* (1845-1846) de Manuel Payno³:

"Macaria era una mujer de más de treinta años de edad, baja de cuerpo, de grueso cuello y anchas espaldas, labios abultados, carrillos encarnados, nariz chata y arremangada, cejas juntas y pobladas y ojos, pequeños, verdosos y hundidos; tenía, en fin, la mayor parte de las facciones que, según Lavater, constituyen una fisonomía inclinada al crimen" (p. 127).

Manuel Payno no sólo se apoya en un científico connotado para mostrar las relaciones entre el aspecto físico y las inclinaciones al crimen, sino que con esto demuestra su conocimiento sobre antropología criminal y la aceptación que tenían estas ciencias en el siglo XIX.

Otro ejemplo de ello lo encontramos en *La nochebuena* (1890), de José T. de Cuellar⁴, en la que el autor hace referencia a la teoría del ángulo facial elaborada por Peter Camper⁵

² Algunos intelectuales mexicanos como Vicente Riva Palacio, sin embargo, resaltaban desde una posición darwinista, la superioridad física del indio mexicano, en términos de resistencia y capacidad de aguante como rasgos evolutivos de la raza. Frente a la superioridad intelectual del blanco, el indio aportaría al mestizaje su capacidad física (ver V. Riva Palacio, [1884-1889] "Las razas indígenas", en *México a través de los siglos. El virreinato*. México: Balleca).

³ Manuel Payno (1810-1894) nació en la Ciudad de México y provenía de una familia acomodada de la capital. Su padre trabajó para el Virreinato y él ocupó cargos políticos en la flamante república, aunque fue más conocido como escritor.

“El pagador, mucho antes de pagarse a sí mismo, había pagado tributo a la fealdad: su tez cobriza, su bigote cerdoso y negro y su cabello cortado al estilo de cuadro le hacía conservar su estilo militar, a pesar de su saco negro y su corbata de toalla. El ángulo facial del pagador acusaba todavía a la raza africana...” p. 157

Con estos ejemplos pretendo demostrar la estrecha vinculación entre las ideas que se forjaron en Europa y la recepción que tuvieron en México. El racismo, entonces, caería como anillo al dedo a los fines políticos de las élites blanqueadoras y nacionalistas. Los vasos comunicantes entre el Nuevo y el Viejo Mundos allanaron la funcionalización del modo de percepción racista en las políticas del Estado moderno preocupado por gestionar la vida de la población.

Por otra parte estas citas nos permiten ver que la imagen del negro no tiene nada de idílica. Desde al menos el siglo XVIII, podemos ver a través de la pintura de castas que las mezclas con negros eran las más temidas, en términos biológicos pero también socio-políticos, porque se consideraba que los negros eran revoltosos y que ponían en peligro la estabilidad de la nación. De hecho en la pintura de castas cualquier mezcla que significara un retorno al color negro era definida como *salta atrás*, denominación que sólo puede ser comprendida si tomamos en cuenta que el objetivo era el blanqueamiento. Así, cualquier mezcla que no significara una aspiración al blanco, era entendida en términos de retroceso.

Lo que vamos a encontrar en el análisis de los textos que nos han legado los literatos mexicanos del XIX, representa una de las manifestaciones del proyecto basado en la producción de subjetividades en torno a la jerarquía racial. Se trataba de marcar claramente las diferencias de tez y de carácter para legitimar dominaciones y establecer modos de percibir hegemónicos. Como explica Foucault, el evolucionismo no era sólo una

⁴ José Tomás de Cuellar (1830-1894) nació en la Ciudad de México y estudió en colegios de prestigio de la ciudad. Fue alumno del colegio militar y obtuvo puestos diplomáticos. Fundó el *Liceo Mexicano* y participó activamente en la vida literaria del país.

⁵ Mosse lo explica de esta manera: “Camper midió primero el ángulo entre el labio superior y la frente y después el horizontal sobre la cara. Luego midió el ángulo entre ambas líneas. Verticales y horizontales constituyen un ángulo de 100 grados, entonces se obtuvo el tipo ideal: el ideal de la *belleza griega de Winckelmann* [*Johann Joachin Winckelmann fue un arqueólogo e historiador alemán del siglo XVIII que intentó resucitar el helenismo*], como Camper lo bautizó. A partir de ahí no podría existir rostro más perfecto. Para crear espacio a las variantes, postuló que cada ángulo bajo los 70 grados correspondía al ángulo facial del negro y esa graduación se colocaba más cerca de la línea craneal de simios y perros que la de los seres humanos. Rostros europeos ostentaban ángulos de 97 grados, eso significaba mayor cercanía al tipo ideal de las esculturas griegas” (G.I/Mosse, 2005: 33).

teoría sino que se convirtió en una manera de ver y de pensar la realidad, y adecuarla en un sentido clasificatorio jerárquico.

En el fondo, el evolucionismo, entendido en un sentido amplio —es decir, no tanto la teoría misma de Darwin como el conjunto, el paquete de sus nociones (como jerarquía de las especies en el árbol común de la evolución, lucha por la vida entre las especies, selección que elimina a los menos adaptados)—, se convirtió con toda naturalidad, en el siglo XIX, al cabo de algunos años, no simplemente en una manera de transcribir en términos biológicos el discurso político, no simplemente en una manera de ocultar un discurso político con un ropaje científico, sino realmente en una manera de pensar las relaciones de la colonización, la necesidad de las guerras, la criminalidad, los fenómenos de la locura y la enfermedad mental, la historia de las sociedades con sus diferentes clases, etcétera. En otras palabras, cada vez que hubo enfrentamiento, crimen, lucha, riesgo de muerte, existió la obligación literal de pensarlos en la forma del evolucionismo. (Foucault, [1976](2006), p. 232)

Este pensar todos estos problemas en términos del evolucionismo evidentemente también deja marcas en el cuerpo. Y es que para el racismo, el cuerpo resultaba ser fundamental como terreno firme en el cual sustentar las teorías raciales. Porque el cuerpo se ve, pero el cuerpo no habla por sí mismo. Y en el acto de hacerlo hablar, éste se transforma. En la manera de definirlo, de medirlo, de analizarlo, se ve atravesado por una serie de valoraciones. El cuerpo no se ve así, nada más, sino que se ve en relación con otros cuerpos, y en torno a ideas preconcebidas. Por lo tanto no existen miradas ingenuas. Hablar del cuerpo en el siglo XIX, en la mirada de los estudiosos sobre razas humanas, es hablar en términos de superioridad, inferioridad, belleza o fealdad, pigmentación de la piel. Pero asimismo el cuerpo permite ser estudiado como elemento objetivo, como algo visible, palpable, que está ahí. Es a través de la observación de los cuerpos como cada sujeto será racializado y puesto en determinadas coordenadas de adscripción y pertenencia. Se trata de crear subjetividades racistas encarnadas por el cuerpo. Este elemento no debe subestimarse. Para estos racionólogos científicistas, el cuerpo era fundamental.

Y esto lo vemos en las descripciones fisonómicas que abundan en las novelas del siglo XIX y principios del siglo XX. En *La Chiquilla* (1905/1906), Carlos González Peña⁶ hace la descripción de dos hermanas totalmente opuestas una de la otra. La primera, Antoñita,

“Era rubia (...) hacía gala de la blancura de la tez (...) de nariz mitad recta, mitad aguileña, recordaba los mármoles antiguos y los cuadros cristianos (...) la boca pequeña de labios delgados (...) Su cuerpo delgado, de caderas y pechos que empezaban a desarrollarse, no incitaba al placer, no provocaba el deseo que insinúan los rebosamientos de la carne joven y bien oliente. Sin dejar de ser sus formas bellas, eran formas de niña, y por lo mismo no atraía la contemplación obstinada” (González Peña, [1905/1906](1987) p. 5 y 6).

Antoñita era lo que llamaríamos una hermana “abnegada”, ejemplar, que, desde la muerte de su padre, debía trabajar para mantener a su familia, conformada por su madre, su hermano mayor y su hermana menor llamada Lena. Sobre ella dice el autor:

“Era regular de estatura, morena, de grandes ojos color avellana (...) Su boca, de gruesos labios, contraía a menudo, incitante, como si guardara el secreto de un deleite (...) poseía su cuerpo las curvaturas sensuales de los cuerpos ávidos de placer” (González Peña, [1905/1906](1987), p. 27).
"Siempre le invadía el deseo de aparecer bonita, seductora, con la gracia sensual de su color moreno, de sus senos exúberos, de sus caderas redondas" (p. 145)

Cuerpo sexualizado, hysterizado. Lena representaba a la mujer ávida de placer, y la forma de su cuerpo así como su color, la delataban.

Veamos ahora algunos otros ejemplos de representar el color de la piel y la conducta de las personas.

En la novela *El Zarco* (1901), de Ignacio Manuel Altamirano⁷, la amante del personaje principal dice:

⁶ Carlos González Peña nació en el Estado de Jalisco en 1885 y murió en la Ciudad de México en 1955. Desde muy joven se trasladó a la capital. Ocupó puestos administrativos y publicó en diversos periódicos. Fundó en 1910 y junto con otros intelectuales de la época, el *Ateneo de la Juventud*.

⁷ Ignacio Manuel Altamirano (1834-1893) nació en el Estado de Guerrero. Sus padres eran indígenas choltales con una posición privilegiada ya que su padre fue nombrado alcalde del pueblo y pudo enviar a su hijo a la escuela. Ignacio Manuel ocuparía algunos puestos políticos y militares, ya que también luchó contra la invasión francesa. Fue docente y participó en diversas revistas literarias de la época.

“... quizás.... Cansado éste de su amor, iba a abandonarla en manos de uno de aquellos sátiros vestidos de plata, tal vez de aquel **espantoso demonio de mulato gigantesco...**” p. 268. El mulato es descrito como un monstruo que provoca un temor imposible de reprimir.

Otro ejemplo sobre la imagen del negro en la literatura lo encontramos en *La vuelta de los muertos* (1870), de Vicente Riva Palacio⁸, quien describe a Negromonte como un hombre de una “fealdad imponente”, y que inspira un “temor involuntario”.

Y asimismo José Joaquín Fernández de Lizardi⁹, en *La quijotita y su prima* (1831-32), hace hablar a uno de sus personajes con respecto al cuidado de un niño, diciendo que lo crió:

“una negra retobada como el diablo, y creo que gálica, por señas que el niño se murió a pocos días medio podrido, y desde entonces ya mi marido tienen buen cuidado de buscar chichis robustas a sus hijos” p. 3

Por otra parte la imagen estereotipada de los indios, si bien elemento central para las políticas del mestizaje, como veremos posteriormente, no era mucho mejor.

Manuel Payno, en una de sus novelas más importantes, *Los bandidos de Río Frío* (1889-91), hace referencia a una familia de la siguiente manera:

"Doña Pascuala era hija de un cura de raza española [...] Pascuala no era pues una india, sino más bien de razón [...] El marido sí era de raza india, pero con sus puntas de caviloso y de entendido, de suerte que se calificaba bien a estos propietarios cuando se decía que casi eran gentes de razón, y a este título se daba a Pascuala el tratamiento de doña, y de don a Espiridión, el marido" p. 2

Vemos aquí la relación que marca Payno entre razas y capacidad para razonar en términos evolutivos. Y agrega más adelante, como para rematar:

"El rancho nada tenía que llamase la atención. Los ranchos y los indios todos se parecen" p. 3

⁸ Vicente Riva Palacio (1832-1896) fue nieto de Vicente Guerrero. Además de escritor y periodista, participó en la Guerra contra Estados Unidos y en la invasión francesa, y tuvo cargos políticos.

⁹ José Joaquín Fernández de Lizardi (1776-1827) era hijo de españoles. Nació en la Ciudad de México y estudió en el colegio San Ildefonso. Fue periodista y fundó *El pensador mexicano*. Vivió la transición hacia la independencia fundamentalmente como observador y escritor.

Por su parte el escritor José López Portillo y Rojas¹⁰, en *La Parcela* (1898), confirma esta manera de ver a los indios cuando describe a Don Pedro Ruíz,

“... en cuanto a lo físico, no valía gran cosa. Pequeño de estatura, trigueño de color, y un tanto grueso, parecía un humilde sirviente de la casa; nadie, al verle, hubiera creído que era el propietario de aquel vasto inmueble y de aquel rico ingenio. Descendiente de un antiguo cacique de Citala, tenía en el rostro los rasgos característicos de la raza indígena: cabellera lacia y negra a pesar de sus 45 años, nariz corta, dientes blancos, labios carnosos y un ruin bigotillo [...] Lo único notable que había en su fisonomía eran los ojos, no hermosos ni grandes, sino antes bien pequeños; pero vivos, penetrantes y observadores” (p. 15-16)

La gran variedad poblacional en México y el problema que esto significaba para muchos intelectuales mexicanos en términos de asimilación a la nación y construcción de una identidad nacional, encontró una solución en el mestizaje.

Para muchos novelistas del siglo XIX, el tema del mestizaje tuvo un lugar preponderante, y es que el cruce entre españoles e indios era visto como elemento cohesionador de la población en un sentido biológico y nacional. Se trataba no sólo de construir un México independiente sino de buscar un mexicano ideal para el flamante país, y ese mexicano fue representado en la figura del mestizo. La conciencia de pertenencia racial mestiza estuvo afincada en el racismo y en el auto desprecio. Y es que si bien se hablaba del mestizaje en términos idílicos, no dejaba de resaltarse la relación entre lo blanco en términos de pureza y castidad, mientras que lo oscuro provocaba desconfianza. Esto sólo se entiende si tomamos en cuenta “... el ambiente cultural de una sociedad cuyos dirigentes e intelectuales no abrigaron dudas acerca de la pertinencia de la jerarquización racial, una jerarquización que asignaba a los indios un puesto inferior al de los blancos, y a los negros, uno inferior al de todos los demás” (Jay Gould, 2007: 73).

Los estudios sobre herencia desarrollados en el siglo XVIII y XIX daban al sexo una responsabilidad biológica, por lo que el cuidado de los enlaces matrimoniales era cosa seria. “... el sexo no sólo podía verse afectado por sus propias enfermedades, sino también,

¹⁰ José López Portillo y Rojas (1850-1923) nació en el Estado de Jalisco. Fue abogado y político mexicano, logrando ocupar la gubernatura en su estado natal.

en el caso de no controlarse, transmitir enfermedades o bien creárselas a las generaciones futuras” (Foucault, [1976](2011), p. 111) Responsabilidad con uno y con los demás.

En este sentido Justo Sierra O'Reilly¹¹, en *La hija del judío*¹² (1863) relata el diálogo entre Don Alonso y Doña Gertrudis, su esposa, refiriéndose a las intenciones del Santo Oficio en relación a María, su hija adoptiva:

"Lo que pretenden es encerrar a la niña en el convento, hacerla pronunciar unos votos que rehúsa su corazón, e impedir de esta manera que llegue a contraer matrimonio [...] Lo primero, porque no llegue a tener hijos que reclamen sus derechos, aun consintiendo ella en renunciarlos. Y lo segundo -añadió Don Alonso en voz casi imperceptible y en ademán misterioso -, porque no quieren que se perpetúe la raza maldita" (p. 155).

Y en *Martín Garatuza* (1868), de Vicente Riva Palacio, la madre de Esperanza le explica a su hija la desgracia que significaría que ésta se casara y tuviera descendientes:

"porque tienen en sus venas sangre de judaizantes condenados por la Inquisición [...] ¿cambiarás el amor de don Leonel por la desgracia y la ignominia de tus descendientes? [...] la lepra que mancha nuestra honra no se propagará a otros seres tan inocentes como nosotras, pero que serían también, como nosotras, tan desgraciados" p. 16

Por lo que Esperanza, desazonada, siente la imposibilidad de casarse "... porque su imaginación le presentaba una calamidad cerniéndose siempre sobre su raza y descargando su brazo sin piedad en cada generación" (Riva Palacio, [1868] (2000), p. 48)

Estas preocupaciones por las mezclas raciales explican la existencia, en el siglo XIX, de programas eugenésicos destinados a fomentar los buenos matrimonios e inhibir aquellos que podrían ser perjudiciales, no sólo para la familia sino para toda la sociedad. En el caso de México, el buen mestizaje, el indo-español, pretendía por una parte, asimilar biológica y culturalmente a los indígenas, y por otra, absorber las “características positivas” de la *raza blanca*.

¹¹ Justo Sierra O'Reilly (1814-1861) nació en la península de Yucatán. Estudió teología y derecho. Ocupó diversos puestos políticos y es reconocido no sólo por eso sino porque fue el padre de Justo Sierra Méndez, educador e intelectual mexicano y uno de los padres del nacionalismo mexicano.

¹² Considero que en este sentido, no es importante el hecho de que la novela *La hija del judío* se ubique en la época colonial, porque sin duda el autor refleja las preocupaciones raciales de su época, el siglo XIX, en la que el aspecto biológico (y ya no sólo el religioso y moral) tenían un peso importante)

Vicente Riva Palacio, uno de los principales propulsores del mestizaje, en la novela *La vuelta de los muertos*, se refiere al matrimonio entre una indígena y un español en términos idílicos:

“Era una hermosa pareja: el galán, con el cutis blanco y sonrosado de los hijos del sol; la dama, con el color del trigo tostado por los ardores del estío”. (Riva Palacio, [1870](1986), p. 3)

Vemos aquí sentar las bases de una sexualidad sana y destinada a la construcción de una nación basándose en el mestizaje. Y refuerza esta idealización en la misma novela, con el retrato idílico del hijo de *Guatimoc* y la española Isabel:

"Aquel joven parecía pertenecer a la raza indígena pura, y sin embargo, los hombres inteligentes de aquella época descubrían que en sus venas había también sangre española, porque su pelo se rizaba y su negro bigote era algo más espeso de lo que correspondía a un indígena de sangre pura. De todos modos, aquel joven era el galán de moda de la ciudad [...] Las jóvenes estaban locas por él, y todo el mundo murmuraba por lo bajo que aquél joven era hijo del infortunado emperador Guatimotzín y heredero de fabulosos tesoros" Riva Palacio, [1868] (2000)p. 177

Y en *Perico* (1918), de Arcadio Zentella¹³, el autor habla sobre Casilda, uno de sus personajes:

“Perico tenía ante sí la belleza típica a que ha dado origen la mezcla de la raza blanca y la roja” (Zentella, [1915] (2014), p. 274)

Por otra parte Manuel Payno en su novela *La víspera de una boda* (1901) nos muestra una imagen del mestizaje forzado por parte de indígenas apaches a los que él denomina como “salvajes”. Si bien este mestizaje no tiene nada de idílico, nos muestra la búsqueda por el blanqueamiento de la población.

Uno de los personajes, “... un muchacho de pelo rubio, tez rosada y que tendría como veinte años de edad (...)” es secuestrado por un grupo de “bárbaros”,

“¿También usted se ha visto asaltado por esos enemigos?”

¹³ Arcadio Zentella (1844-1920) nació en el Estado de Tabasco. Fue periodista y director de instrucción pública, y fomentó la creación de escuelas rurales en el país.

-*Sí, señor; he estado cautivo tres años (...) Porque como era joven, y a ellos les agrada mucho mezclar la raza, prefirieron llevarme cautivo y me asignaron cuatro indias.*
- *¿Bonitas? Le interrumpí yo maquinalmente.*
- *Feas, y llenas de grasa y de sebo.*
- *¡Oh! Tormentos crueles pasaría Ud.*
- *Figúrese Ud. nada más...*” (Payno, [1901](2004), p. 31)

El ejemplo resulta interesante porque habla del interés por el “mejoramiento de la raza”. Pudiendo matar a este personaje, de acuerdo al relato de Payno los indios prefirieron llevarlo cautivo para obsequiarlo a las mujeres de la tribu con el objetivo, claro está, de blanquear a la población de su comunidad.

El orgullo de ser mestizo quizás sea el único elemento original en el discurso racista de estos literatos. Aun así es un discurso endeble, flexible, y que atenta contra lo que pretende defender. Es evidente que, si bien se habla de la mezcla entre blancos e indios como símbolo del “buen mestizaje”, al mismo tiempo se desprecia el color más o menos oscuro de la piel.

En un país como México con una población indígena importante y un alto grado de mestizaje, las aspiraciones por el blanqueamiento resultaban frustrantes para la mayoría de los mexicanos. Es por eso que el mestizaje oscila entre lo idílico y lo obsesivo-frustrante.

José Tomás de Cuéllar en la novela de 1890 *Los mariditos*, y hablando de Marianita Quijada, relata: “Se había limpiado con una toalla el polvo de arroz que había servido también para hacerla figurar algunos grados más alta en la escala de las epidermis, cuyos tonos varían desde el negro abisinio, hasta el blanco caucásico” (Cuellar, [1890](1982), p. 29)

Y en *El diablo en México* (1858) Juan Díaz de Covarrubias¹⁴ dice de Concha, uno de sus personajes:

“No era hermosa sino bonita simplemente, gracias a unos lindos ojos negros, a un par de cejas graciosamente arqueadas, a una barba con un hoyito, a un cutis terso, aunque algo moreno...” (Díaz de Covarrubias, [1858](2014) p. 124)

¹⁴ Juan Díaz de Covarrubias nació en Veracruz en 1837 y murió durante la Guerra de Reforma, en la Ciudad de México en 1859. Su padre fue poeta y estudió en la capital, lo que le permitió conocer a parte de la intelectualidad del siglo XIX mexicano. Publicó en diversos periódicos de la ciudad.

Y agrega:

“Su tez un poco morena, estaba ahora casi blanca merced a la “toalla de Venus” que en un frasco se veía sobre el tocador confundido entre los botes de pomadas y esencias” (p. 145)

Este afán por blanquear la piel muestra la angustia que provocaba el color. El problema que plantean Cuellar y Díaz de Covarrubias, propio del siglo XIX, se refiere a los complejos de inferioridad que se van creando a lo largo de la conformación de la nación mexicana. Las elites promotoras de la identidad nacional consideraron el mestizaje como “... la fórmula adecuada para trascender el problema de la inferioridad racial” (Gómez Izquierdo, 2008: 90) y debe ser entendido como un proyecto racista de las élites nacionalistas que a través de una supuesta armonización de lo indio y lo español, trataron de construir un sujeto nacional definido por características raciales positivas, las que vienen de ambas “razas”.

Conclusión

Considero que la novela representó en el siglo XIX un archivo audiovisual en donde se aglutinó el saber de una formación histórica, en este caso, la del México decimonónico. En ellas encontramos los dos aspectos que forman parte de dicho saber: visibilidades (las descripciones funcionan como el aspecto visible de dicho registro discursivo) y enunciados. En la combinación de ambos elementos, en sus capturas mutuas, se juega el problema de la verdad y la construcción de un sujeto histórico. Creo por lo tanto que la novela fue uno de los ámbitos en donde se explicitaron las condiciones del surgimiento de una mentalidad racista, y de un sujeto racista y racializado.

En el enganche de ambas se juega el problema de la fabricación de un sujeto mexicano tipo, que se vio atravesado por las teorías de razas, por las guerras de independencia, y por una moralidad de tipo victoriana. Todo esto se conjugó para que apareciera el sujeto mestizo como el sujeto ideal para la nación. Me parece en este sentido que en las novelas se encuentran elementos enunciativos y de visibilización de las diferencias humanas que pueden servir para repensar y problematizar acerca de la manera en que las relaciones de sometimiento fabrican sujetos determinados, normalizados, y que

finalmente estos sujetos se convertirán en engranajes dóciles y obedientes de esta normalización social reproduciendo aquello que los atravesó y los conformó en lo que son.

BIBLIOGRAFÍA

Böttcher, Nikolaus, Bernd Hausberger y Max S. Hering Torres (Coord.) (2011), *El peso de la sangre. Limpios, mestizos y nobles en el mundo hispánico*, CDMX: COLMEX.

Deleuze, Giles [1985](2013), *El saber. Curso sobre Foucault. Tomo I*. Buenos Aires: Editorial Cactus.

Foucault, Michel, [1969](2007), *La arqueología del saber*, México: Ed. Siglo XXI.

-----, [1976](2006), *Defender la Sociedad*. Curso en el Collège de France (1975-1976), México: Fondo de Cultura Económica.

-----, [1976](2011), *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, México: ed. Siglo XXI.

Gómez Izquierdo, Jorge, (2008), *El camaleón ideológico. Nacionalismo, cultura y política en México durante los años del presidente Lázaro Cárdenas (1934-1940)*, Puebla: ICSyH, BUAP.

Gómez Izquierdo, Jorge y Hartog, Guitté (2011), “Mestizaje, homoerotismo y revolución. Una trilogía de masculinidades mexicanas”, en Revista La Manzana, n° 9, Junio-diciembre 2011, consultado en <http://www.estudiosmasculinidades.buap.mx/num9/index.html>.

Jay, Gould, Stephen (2007), *La falsa medida del hombre*, Barcelona, Ed. Crítica.

Katzew, Ilona (2004), *La pintura de castas. Representaciones raciales en el México del siglo XVIII*, Madrid: Turner Publicaciones.

Mosse, George L. [1978](2005), “La Historia del racismo en Europa”, versión resumida y traducida del alemán por Jorge Gómez Izquierdo en Jorge Gómez Izquierdo (coord.), *Cuadernos del seminario de estudios sobre el racismo en/desde México*, N° 2, Puebla.

Catálogo de novelas utilizadas en este trabajo

Altamirano, Ignacio Manuel, [1901](2000), *El Zarco*, Xalapa: Universidad Veracruzana.

Cuellar, José Tomás de, [1890](1982), *Los mariditos*, Puebla: Premia editora.

----- [1890](1941) “La nochebuena” en *La linterna mágica*, México D.F., Ed. UNAM.

Díaz de Covarrubias, Juan, [1858](2014) *El Diablo en México, en La novela corta mexicana. De la Independencia a la Revolución*, México D. F.: Conaculta, (pp. 109-169).

Fernández de Lizardi, José Joaquín [1831-32](2009), *La quijotita y su prima*. México D. F.: Porrúa.

González Peña, Carlos [1905/1906](1987) , *La chiquilla*, México: Porrúa.

López Portillo y Rojas, José, *La parcela* [1898](2005), México D. F.: Porrúa.

Payno, Manuel, [1889-91](2006), *Los bandidos de Río Frío*, D.F.: Porrúa.

-----, [1901](2004), “La víspera de una boda” en *Novelas cortas*, México D. F.: Porrúa.

-----, [1845-46](2007) *El fistol del diablo* México D. F.: Porrúa.

Riva Palacio, Vicente [1870](1986), *La vuelta de los muertos*, México D. F., Porrúa.

-----, [1868] (2000), *Martín Garatuza*, México D. F.: Porrúa.

Sierra O’Reilly, Justo, [1863](2008), *La hija del judío*, Xalapa: Universidad Veracruzana.

Zentella, Arcadio, [1915] (2014) “Perico”, en *La novela corta mexicana. De la Independencia a la Revolución*, México D. F.: Conaculta, (pp. 253-334)